

# La comunidad escolar en su éxodo hacia lo por venir

LLUIS DIUMENGE

Para el hombre de hoy *Jesús* constituye un *modelo básico* de una manera de *ver y vivir la vida*, y que *ha de verificarse* de múltiples formas. El en persona es, para el individuo como para la sociedad, en lo positivo como en lo negativo, una *invitación* (¡tú puedes!), un *llamamiento* (¡tú debes!), un *reto* (¡tú eres capaz!): facilita en concreto una nueva orientación y actitud fundamental, nuevas motivaciones, disposiciones y acciones, un nuevo sentido y una nueva meta.

(HANS KÜNG, *20 tesis sobre ser cristiano*, pág. 66.)

Resulta fácil detectar, en el interior de nuestra sociedad plural, opiniones encontradas a propósito del nexo que media entre *comunidad escolar y educación en la fe*. Desde el ideario de algunos partidos políticos defensores de la escuela pública hasta ciertos estamentos eclesiásticos adictos a la catequesis de adultos. El acaloramiento de la controversia relega al ostracismo múltiples y apremiantes disquisiciones en torno a qué debe ser la comunidad escolar y cuáles los requisitos de su funcionamiento.

Para abordar dicha bipolaridad conflictual, bueno será disponer sobre la mesa la gama diversificada de dudas e incertidumbres.

La escuela católica ¿es lugar idóneo para formar y nutrir la fe de niños y adolescentes? ¿Qué sentido tiene la clásica «lección de religión» cabe auditorios heterogéneos desde una perspectiva de opción personal? ¿Podemos permitirnos, en esta hora, el lujo de la dicotomía: parroquia-escuela; adultos-jóvenes? A nivel práctico,

¿cómo organizar la colaboración entre cuanto se lleva a cabo en la escuela y lo que se realiza en el ámbito de las parroquias? En caso de ser necesario, ¿cómo hacer para que la comunidad escolar propicie el crecimiento y maduración en la fe de cuantos la integran?

El proyecto educativo de un centro, resultante del quehacer común, constituye periódicamente materia de revisión. Puesto que la realidad circunstancial condiciona objetivos y medios de acción, es necesario resituarse la comunidad escolar en el hoy preconstitucionalmente comprometido primario de la reflexión. El análisis proseguirá por los cauces que mayormente preocupan para salir de la vía muerta. El precio a pagar para conseguirlo podrá deducirse en una segunda fase. Con la intencionalidad de construir para el futuro, se buscan estrategias idóneas para una integración de la fe en el horizonte educativo.

# 1. La comunidad escolar en la encrucijada: ¿Fidelidad al proyecto educativo o fidelidad al sentido histórico?

Quienes forman la comunidad escolar viven sumergidos en el océano del cambio. Apremia conocer y desentrañar cuál sea la hondura y peligrosidad de sus aguas en tres posiciones: política, sociocultural y pastoral.

## 1.1. Contexto político

A nadie escapan las aristas cortantes del tema *enseñanza* en el apasionante y decisivo momento histórico que vivimos. Basta con asomarse al ventanal de la prensa. Por un lado, los líderes políticos juegan la baza de perpetuar o romper definitivamente la estratificación social con su *pluralismo de escuelas* o *pluralismo en la escuela*. Y, por otro, la jerarquía eclesiástica española, con actitud renovadora, quiere distanciarse muchos kilómetros de su secular vinculación a la clase dominante. Experta en humanidad, la Iglesia a la altura de 1978 <sup>1</sup> esquivó dejarse comprar la adhesión más o menos explícita a cambio de ciertas seguridades y garantías para su tarea evangelizadora.

El porvenir de la enseñanza aparece condicionado ampliamente por la política del Estado. Es lógico que éste articule su sistema escolar a su sistema sociopolítico y a su proyecto global de sociedad. Rehuirá imponer cualquier ideología u orientación monocolor para salvaguardar, por vía democrática, las libertades, sean culturales o religiosas. En este último campo optará por la *neutralidad confesional*, como una actitud de no discriminación ante las diversas confesiones, pero comprometida con la libertad religiosa.

En el campo de la enseñanza —afirmó recientemente José M.<sup>a</sup> Patino— se podrá aplicar el test referente a la actitud del Estado. Porque no existe la cultura neutra, *ni es aconsejable*, pedagógicamente, *caer en la escuela pluralista*, donde se neutralizan todas las iniciativas y donde el Estado se convierte en batidora que muele y mezcla todos los espíritus, confundiendo la sociedad igualitaria con una sociedad uniformada <sup>2</sup>.

Admitirá paritariamente sistemas educativos no-oficiales, máxime en este efervescente momento de las autonomías <sup>3</sup>.

Quizá no sea aventurado vaticinar que, entre bastidores, se discute mucho más que la calidad pedagógica de la enseñanza. En el

Los comentaristas han ido ver en la reelección del Cardenal Tarancón, Presidente de la Conferencia Episcopal por un año más, una prueba evidente de que la mayoría de los obispos han comprendido que la seguridad del poder de turno tiene que ver con la naturaleza del Evangelio Jesús. La Iglesia dispone de la gran oportunidad de alinearse con la libertad (cfr. Pedro Miguel ET, *XXVIII Plenario General. Nueva tripulación para el mismo título*, Vida Nueva, n.º 1, 11-3-1978, 480-484; *Operación para sustituir Tarancón no logró objetivo*, «El País», 1978, p. 12).

Referencia en el Club XXI (13-3-1978). En la misma línea cabe precisar que instruir exige lealtad y objetividad. Infrin-

gir esta actitud equivaldría, por parte del educador, ultrapasar el contrato moral que le vincula a la sociedad. Similar postura no podrá ser neutra: las estructuras de enseñanza son un producto del Estado, corresponden a un proyecto político, no son neutras; los programas reflejan una ideología, no son neutros; las vías pedagógicas son la transposición de una práctica social, no son neutras.

<sup>3</sup> Piénsese en la *Generalitat de Catalunya* y sus esfuerzos por granjearse la confianza de la mayoría de la población en el ámbito de la enseñanza. El documento-propuesta sobre traspaso de competencias, servicios y funciones del Ministerio de Educación a la *Generalitat* fue presentado el lunes 10 de abril a la Comisión Mixta.

<sup>4</sup> La educación constituirá la gran batalla constitucional. En el debate sobre *los consejos escolares* que proponía el PSOE en un pleno se anticipó su deseo de dar prioridad a la escuela pública y laica. No desean que siga manteniéndose el modelo de sociedad cristiana occidental. Buscando la clave de la proposición del Grupo Parlamentario Socialista, he tropezado con un texto de Rodolfo LLOPIS —Director General de Primera Enseñanza del Ministerio de Instrucción, que commendaba Marcelino Domingo, y militante del PSOE— que decía:

La revolución que aspira a perdurar acaba refugiándose en la pe-

fondo late una concepción del hombre, sea docente, sea discípulo. De un hombre que se autotrasciende o queda encerrado e sino terrenal.

De ahí el penetrante interés en torno al borrador de la pone constitucional y a cuanto se relaciona con el artículo 28. Ajetreado resultó la primera quincena de marzo. El martes 7 el precario sentido quedaba roto, merced a la «espantada» de Peces Barba. Dos días después, Urbano Valero, Rector de la Universidad de Cádiz, en una conferencia sobre *Enseñanza y Constitución* ofreció un amplio balance de las lagunas constitucionales. Interesa remarcar tan sólo dos: insuficiencia al definir el objeto de la educación y silencio absoluto respecto de un punto vital: «el interés superior del educando como principio rector del proceso educativo».

En este contexto conviene saber qué importa más a la Iglesia: poder impartir una enseñanza cristiana a quien lo desee en todas las escuelas o mantener el tipo de escuela confesional. Los realistas opinarán, a buen seguro, que una cosa y otra. Ahora bien, llegado el caso, debe salvarse por encima de todo el primer punto: evitar la guerra escolar de alternativas globales mediante la búsqueda de una salida sincera de entendimiento. Aunque estén en liza dos modelos educativos perfectos y divergentes entre sí, hay que poner manifiesto el reconocimiento de todos por parte de todos. De los mismos cimientos que preparan el futuro, *enseñanza pública y privada deben aprender a convivir*.

## 1.2. Contexto sociocultural

La *sociedad opulenta*, según la terminología de J. K. GALBRAITH, promueve, junto a peculiares condiciones de vida, una mentalidad positivista ornamentada con la arrogancia que le confiere el espíritu científico-técnico. El hombre secular adquiere conciencia de ser el único responsable de su presente y porvenir. Maneja toda suerte de información como si fuera un talismán para el logro del éxito, de la eficacia y de cuanto suponga productividad. Tampoco extraña un cierto estado de angustia vivido en el marco de un mundo bajo repetitivo, con el espectro del paro <sup>6</sup> y acentuado por el peligro nuclear o por el temor al desencadenamiento de una guerra devastadora.

Las repercusiones de esa crisis global de la sociedad capitalista sobre la religiosidad juvenil abarcan desde el situarse fuera del proceso histórico (actitudes de huida y rechazo) a la exigencia de un modo diverso de gestión de la historia en pro de una nueva calidad de vida.

gogia... Para nosotros no hay duda. Esa revolución ha de ser la de los educados, de la escuela. *Hay e apoderarse del na de los niños*. Ese el grito, el lenguaje dagógico de la revolución rusa.

La educación es el recurso lento que la izquierda está utilizando para abrir camino a sus cambios en los regímenes ocidentales. El más eficaz es destruir las bases ideológicas en que se sustentan los regímenes de izquierda y de derecha que se niegan a admitir el ritmo gradual.

La prueba de que la posición no está nunca fuera de las decisiones concierne a los enseñantes que tenemos en la oración de Edmond HERMEERSCH, *Résumé de la formation des enseignants*, Etudes, 348, 351-378.

Verse sobre el tema: *Redonda con los políticos con representación parlamentaria en torno a la educación en el proyecto constitucional*, «Revista de Educación», 25, noviembre 1977, pp. 91; y el editorial de la revista «Razón y Fe», 197, 18, 1978.

El pleno fragor de la crisis —escribe P. M. ET— aparece en el título de la noticia la fidelidad del Hermano Bastea», que se autodeclaró partidario de la liberación de la educación.

El domingo 2 de abril don JAVIER CAVERO, Ministro de Educación, impuso

En nuestras frágiles democracias occidentales son muchos los que rehúyen enfrentarse a este conjunto disarmónico que reduce la fe al silencio. ¿Cómo tener presente esta situación a la hora de evangelizar? Pregunta central que difiere de aquella actitud que propende a supeditar la fe al entorno social. Lo específico cristiano cobrará significación y relevancia a condición de promover determinadas aspiraciones y superar los obstáculos bien concretos del relativismo, temor al compromiso, rechazo institucional e indiferencia religiosa.

El universo sociocultural no es sólo condicionante, sino dimensión constitutiva de la existencia humana. La fe debe poder brotar en el corazón mismo de las realidades culturales. Porque al creyente no le está permitido decir que cree en Dios y pretender que esta creencia le exima de la aventura del vivir, con todas las cargas y peripecias que la vida comporta. Las realidades de la existencia continúan siendo lo que son, pero la esperanza en el Señor de la vida se convierte en clave de valoración y de interpretación. Surge apremiante la necesidad de inculturación para que, con todo discernimiento, se orille —en frase de Pablo VI— el drama de nuestro tiempo: «la ruptura entre Evangelio y cultura».

La educación no puede reducirse a expresión repetitiva de una cultura que nace de la interacción del hombre con el medio ni tampoco a simple integración de los alumnos en la cultura actual. Debe permitir, más bien, el desarrollo de las potencialidades de los mismos alumnos para preparar el advenimiento de una nueva cultura.

### 1.3. Contexto pastoral

La formación religiosa en la escuela tropieza con distintos niveles de fe, que van desde la no-creencia al testimonio. Respetar la actitud de cada sujeto y atender a los ritmos de crecimiento parece vital en orden al porvenir de la persona. El hombre, en su situación espaciotemporal, figura en el punto de partida. La escuela deberá introducir a los discípulos en la sustancial comprensión de los productos culturales históricos, así como en el conocimiento de los hombres creyentes, cuya fe es factor relevante de cultura. Donde sea factible, la reflexión versará sobre el acontecimiento cristiano, instancia de vida nueva. De existir homogeneidad entre los miembros del aula, podría irse mucho más lejos. Todos deben saber, por igual, qué significa «ser creyentes», realizar o no realizar la existencia humana «en sentido religioso».

«como un acto de estricta justicia» a todo el Instituto de La Salle la corbata de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, máxima condecoración educativa que se concede en España. Dejó constancia del derecho de todos a la educación, lo cual implica que han de cooperar a realizarlo «todos los grupos e instituciones» (*Comunicación y convivencia de las comunidades educativas*, Vida Nueva, n.º 1.125, 8-4-1978, 688-689).

<sup>6</sup> *Cáritas Española* organizó del 15 al 17 de marzo un simposio sobre la problemática del paro en España. Se habló de millón y medio de españoles sin trabajo (cfr. el informe: *El paro, cáncer social*, publicado en Vida Nueva, n.º 1.124, 1-4-1978, 663-666).

También el pasado 5 de abril tuvo lugar, principalmente en España, Italia y Grecia, una *eu-rohuelga* como protesta por el desempleo.

<sup>7</sup> Antaño el medio creyente sostenía la práctica religiosa individual. Al desaparecer el régimen de cristiandad, el mundo actual segrega creencia masiva. Característica muy a tener en cuenta a la hora de acoger a los jóvenes tal cuales son.

<sup>8</sup> Cfr. Jesús ITURRIOZ, *Catequesis e inculturación. Un texto sinodal del P. Pedro Arrupe*, Manresa, 50, 5-18, 1978.

<sup>9</sup> *Evangelii nuntiandi*, 20.

Explicitar, en cambio, en qué consiste el hecho de creer, qué tiene para la realización personal, a qué compromete socialmente rebasa, en el sentir de algunos, las lindes escolares. De una es que se interesa —y es muy importante— en la vida de la ciudad pero que descuida suscitar la experiencia de la interioridad. Los medios ni tiempo para experimentar en ese vector de la personalidad, difícilmente el niño o el adolescente comprenden el sentido de la búsqueda de Dios, el amor o la donación personal.

La mayoría de los catequistas lamentan la ausencia de un espacio propicio para que resuene el anuncio de la buena noticia a la luz de la Sagrada Escritura, lugar de unificación, de encuentro e intercambios. La historia bíblica presenta un tiempo desplazado en el que cabe indagar por el sentido de la vida y descubrir la solución de las grandes cuestiones. También en ella descuelga el llamado de la persona, el entremezclarse de símbolos y la fe operada como un sí a Jesús.

Líneas de acción frenadas por el proceso acelerado de crecimiento. Las dificultades planteadas, hace un decenio, por adolescentes de dieciséis a diecisiete años son hoy comunes entre niños de doce. Padres y educadores se sienten perdidos y zarandeados por sus propias convicciones. Ante las discrepancias radicales que provienen del universo infantil, muchos se sienten culpables por no transmitir la fe.

Ahí queda, en escorzo, el cuadro de influencias que gravitan sobre la comunidad escolar. Muchas situaciones y muchas estructuras están, de hecho, en contradicción con el Evangelio. La Iglesia, en su enseñanza de la religión, a veces inconscientemente, propiamente conservadurismo respecto a la realidad sociopolítica. Hay quienes, descorazonados y desencantados, emprenden el camino de las situaciones más lucrativas. El desmoronamiento de la esperanza hace ser expediente fácil para renegar de la condición de educador. La clave consiste en el análisis crítico de la realidad y en revisar la escuela desde dentro, no de espaldas al mundo ni evitando las ilusiones de los auténticos protagonistas. Quien realmente sepa tender puentes de comunicación entre el proceso histórico y el proyecto educativo estará en condiciones inmejorables de mirar el futuro contingente de la comunidad escolar.

7. para la Educa-  
at6lica, *La Escuela*  
a, 19-3-1977, n.º 8  
os seg6n el texto  
ido en «Ecclesia»,  
-999, 1977; en ade-  
nos referiremos al  
ento con las siglas

15.  
53.

30. La declaraci6n  
ERE en su Asam-  
General (18-2-1978)  
nuncia claramente  
de las escuelas en  
rticipa la comuni-  
Esta escuela cris-  
6lo podr6 ser reali-  
es obra de comu-  
educativa, enten-  
6sta como el con-  
de estamentos que  
cho una opci6n de  
a cristiana y acep-  
quieren un pro-  
de hombre inspi-  
el evangelio. Esto  
que todos los inte-  
s en la escuela par-  
realmente en su  
y gesti6n expresa  
as6 una aut6ntica  
ondabilidad en la  
educativa.» (Vida  
n.º 1.124, 1-4-1978,

## 2. La comunidad escolar, entramado de situaciones íntimamente unidas

La escuela es el «centro donde se elabora y se transmite una concepci6n espec6fica del mundo, del hombre y de la historia»<sup>10</sup>. Si, adem6s, lleva el marchamo de cat6lica, tiende a tomar «como misi6n espec6fica la formaci6n integral de la personalidad cristiana»<sup>11</sup>. Elevaci6n de miras que puede derivar en formulismo vac6o o en compromiso visceral. La primera alternativa carece de mañana. Al desaparecer toda suerte de proteccionismo oficial, 6nicamente subsistir6 lo genuinamente aut6ntico. La escuela, para su viabilidad en 6poca de incertidumbre, apela al concurso de todas las fuerzas vivas que le permitan erigirse «en comunidad que tienda a la transmisi6n de valores de vida»<sup>12</sup> y «ayude a cada uno de sus miembros a comprometerse en un estilo de vida aut6nticamente cristiano»<sup>13</sup>.

Padres, profesores y alumnos se autoexigir6n, unos a otros, la concordancia en el actuar acorde con el proyecto educativo com6n.

5

### 2.1. Ser padres

El medio familiar dista de reproducir globalmente el modelo de cristiandad tradicional. Las circunstancias del cambio mientras «liberaban» a determinadas familias, «endurec6an» a otras apegadas a valores sempiternos. Reductos 6stos que comprenden muy mal las formas actuales de pastoral juvenil. Suspiran por la sacramentalizaci6n y prescindan de cualquier otra categor6a que no sea el dominio sobre el hijo en materia de fe.

Los padres «liberales», por su parte, prefieren desentenderse de cualquier puesta al d6a. Inciden en el «dejar hacer», pero, eso s6, con un doble baremo seg6n se trate del hijo o de la hija. Impreparados para digerir conscientemente la evoluci6n, viven a la intemperie. Seg6n sea el fr6o o calor de la estaci6n hist6rica, as6 reaccionan.

Existe un sector m6nimo de personas que reh6ye tanto el conservadurismo como la inhibici6n. Descubrir estos n6cleos que operaron la metamorfosis personal resulta de trascendencia a la hora de interpelarse acerca de las metas escolares. Ellos podr6n ofrecer puntos de vista, enraizados en vivencias, que ayuden a discernir entre las m6ltiples expectativas. Mediante encuentros y a base de mucha paciencia contribuir6n a que otros padres adquieran «clara

<sup>14</sup> Id. 66.

conciencia de la identidad de la escuela católica»<sup>14</sup> que elija para sus hijos, en virtud de un derecho prioritario. Las escuelas de padres apuntarán, por encima de todo, a la formación, a alimentar creativamente esa difícil disciplina de los padres. Si este relieve queda bien solidificado, las relaciones ternofiliales ganarán cuantitativa y cualitativamente. Por qué habrán comprendido la importancia de ser interlocutores válidos para sus hijos<sup>15</sup>.

<sup>15</sup> Cfr. Augustin BERSET, *Orientación moral no directiva de los jóvenes de 16-20 años*, Sal Terrae, Santander, pp. 28-33, 61-116, 1977.

<sup>16</sup> Cfr. Suzanne CITRON, *L'Ecole bloquée*, Bordas, Paris, 170, 1971; John HOLT, *El fracaso de la escuela*, Alianza Ed., Madrid, 203, 1977; Iván ILLICH, *Descolarizzare la società*, Mondadori, Milán, 185, 1972.

## 2.2. *Vivir la profesionalidad educativa*

Sin eximir de eventuales responsabilidades, conviene dejar tancia, de entrada, sobre la deficiencia radical del sistema escolar<sup>16</sup>. Un sistema que perpetúa, mediante la uniformidad mentaria, un estilo educativo en flagrante contradicción con los datos de la psicología moderna.

*Ser y vivir como educador* entraña enorme complejidad. Los datos de la crítica llueven envenenados sobre quienes, a nivel gógico, ignoran al niño en aras del programa o imparten saberes etéreos.

Ya en el nivel más profundo, ¿cómo piensan y viven los educadores? ¿Cuál es su personalidad? ¿Cómo se presentan? ¿Cuáles sus disposiciones religiosas y su capacidad de aceptar a la Iglesia como comunidad de personas que creen en Jesús?

Durante la EGB la responsabilidad directa de la formación religiosa recae sobre el maestro, quien se ve precisado a adoptar una actitud verdaderamente personal ante la fe y, si es sincero, a estar en consonancia. Enseñanza que incluye paulatinamente el conflicto de la propia cosmovisión con la de los adolescentes que ponen en evidencia de juicio muchas certezas del propio educador, quien experimenta en sí mismo la división. Simultáneamente heredero de la tradición evangélica y miembro apasionado por la evolución del mundo moderno, llega a preguntarse: ¿qué creo?, ¿por qué? Interrogantes necesarios ante la distancia abisal que media entre el hombre hoy y el mensaje tradicional de la fe.

El carácter opcional de la fe le impulsa a respetar, en cada alumno, su propio itinerario de búsqueda. La relación dialogal entre educador-adulto y el niño-joven fomentará la réplica iluminadora que flejará, como en un espejo, las ideas expresadas por quien abre a la vida. El clima de libertad, comprensión y acogida dentro y fuera del aula, resulta esencial para no imponer nada y poner muchísimo.

### 2.3. *Madurar como personas*

Hasta los inicios de la segunda etapa de EGB, los chicos/as están aún abiertos al evangelio. A partir de 7.º y 8.º crecen las dificultades. Surgen propuestas de temas lejanos (drogas, terrorismo, aborto, regulación de la natalidad, divorcio...). A pesar de todos los esfuerzos por unirse a sus centros de interés, la realidad resulta vidriosa. Parece imposible proponer reflexión alguna de índole religiosa y todavía menos la enseñanza colectiva. Otra constante es su alergia absoluta a la moral.

En estos grupos existen unidades disponibles para vivir evangélicamente y entablar un diálogo que respete la toma de posición de cada uno, con apertura de espíritu y sin anatemas.

Sector conflictivo por antonomasia el de BUP y COU. Se hace demasiado énfasis en la repulsa de la juventud, el asco existencial hacia la sociedad capitalista. Los jóvenes de la era postindustrial parecen no tener delante de ellos porvenir alguno a edificar. Sería preferible enfocar el fenómeno desde el punto de vista del nacimiento de una cultura que sucede a la humanística y científica.

*Tercera cultura* con sus peculiares connotaciones: empleo de un nuevo lenguaje; rechazo de cualquier actitud que implique seguridad monolítica; alergia a engancharse en grandes causas a largo término; marcada preferencia por el pequeño grupo; concepto muy diverso del trabajo alienador y actitudes religiosas sumamente diversificadas.

Sintomatología de un mundo en gestación cuyas coordenadas inciden poderosamente en el espíritu de los jóvenes, que se han convertido de esta manera en norma de referencia. Al vivir en un mundo que todo lo evalúa y mide quieren verificar críticamente la fe. El pluralismo de opiniones y modos de vivir conduce a situar el cristianismo en concurrencia con otros puntos de mira. La fe dista de ser un axioma. Rehúyen la explicación verbal. Quieren ver la fe reflejada en actos en la vida de los cristianos o en las tomas de posición de una Iglesia pobre, que toma partido en favor de los oprimidos, que ora y busca a Dios. Los jóvenes conceden el *primado a la experiencia personal* más que al saber ideológico. Modo de ser que tiene dos incidencias sobre su vida: vuelcan la atención sobre el análisis de lo real y desechan cualquier verdad fundada únicamente en la autoridad de quienes la exponen. «Difícilmente puede sostenerse —como nota G. MILANESI<sup>17</sup>— la hipótesis que ve en los jóvenes una clase o por lo menos un estrato social sustancialmente homogéneo y unitariamente funcional.»

<sup>18</sup> El anarquismo es un movimiento religioso, precisamente por su carácter arreligioso. El vacío de fe que experimentan ciertos jóvenes les mueve a sustituir con otra fe una fe perdida. Ricardo DE LA CIERVA, en la Conferencia inaugural del Centenario de la Llegada a España de los Hermanos de La Salle, explicitó dicha concepción: «No hemos sido capaces —dijo— de explicarles bien y de ilusionarlos con nuestra fe.»

En el mismo orden de cosas, Karl RAHNER había calificado a la juventud alemana como «escéptica, establecida, conservadora». «Al descubrir que la evolución era nula a raíz de aquel período (1968), un buen porcentaje de los jóvenes que provienen de aquel tiempo han ido apartándose radicalmente de la sociedad establecida. Frente a ello, la Iglesia católica alemana no ha sabido ofrecer ninguna alternativa, que los jóvenes buscan en grupos políticos carismáticos» (entrevista publicada en «El País», 11-3-1978, p. 24). Pierre MOITEL, por su parte, habla de los «héroes fatigados» (*De nouveaux lycéens*, Etudes 348, 1978, 523-534).

<sup>19</sup> E. C. 31.

<sup>20</sup> Cfr. Monique MAILLARD, *La formation religieuse dans des collèges catholiques en France*, LumVit, 32, 185-299, 1977.

<sup>21</sup> E. C. 34.

Existe, por el contrario, una rica tipología de jóvenes —ácras carismáticos, estudiantes, obreros, rurales, tradicionales...— denominador hasta cierto punto común. En los últimos diez —recuérdese el mayo 68— toman la dirección bien precisa increencia. Se precipitan hacia ella con velocidad uniforme acelerada.

La hemorragia de jóvenes que se marginan de la Iglesia oficial del cristianismo se produce incluso en medios que habían que precisamente un cristianismo de corte renovado. Son, a me hijos de militantes los que abandonan la barca cristiana.

Sin pretender dramatizar o generalizar la situación, apremiada al encuentro de este sector juvenil y demostrar fehacientemente que la escuela se halla «en grado de formar personalidades fuertes y responsables, capaces de hacer opciones libres y justas» <sup>19</sup>.

La escuela privada, abierta a todos cualesquiera que sean las zonas de su elección, ofrece múltiples posibilidades <sup>20</sup> para incluir la dimensión religiosa en la actividad docente. Si padres, profesores y discípulos caminan comprometidos en busca de una alternativa cristiana, conferirán a dicha escuela el rango de centros «porque los principios evangélicos se convierten para ella en bases educativas, motivaciones interiores y, al mismo tiempo, metas finales» <sup>21</sup>. La autodefensa juvenil contra el universo escolar competitivo, productividad y rentabilidad cederá paso a la maduración de las personas dentro de un proyecto de libertad.

#### 2.4. *El proyecto educativo en sintonía con la realización personal*

Constituir auténtica comunidad educativa, he aquí el hito decisivo. Para lograrlo hay que poner en funcionamiento un motor con sus revoluciones, permita salir del punto muerto. No hay que la institución escolar, «esa máquina de hacernos viejos que se empeña en hacernos vivir en el pasado... y en desenseñarnos amor» <sup>22</sup>. Ahora bien, la escuela pugna precisamente por el sitio entre lo que es y lo que debería ser.

Todavía en demasiados lugares aparece como templo barroco saber, lugar de ambición enciclopedista donde se imparten conocimientos. El exceso de especialización la conduce a cerrarse en sí misma. Mientras el alumno queda sumido en la rutina. La escuela, lejos de partir de programas de conocimiento debe entusiasmar mediante objetivos educativos, promoviendo permeabilidad entre las diferentes enseñanzas y consiguiendo un equipo docente abierto a todas las realidades sociales. La

r GARAUDY, *Pa-  
d'Home*, Claret,  
na, 1976, pp. 8

radica en obtener un buen proyecto educativo. Para que responda a las expectativas del educando en orden al desarrollo personal y a la conquista del inapreciable don de la libertad. Todo ello a través de una concepción de la vida entendida como tejido de relaciones interpersonales y proceso de maduración progresiva.

En todo ser humano existen innumerables potencialidades por desarrollar de manera óptima, tanto para el individuo como para el bien de la sociedad. MASLOW, el padre de la realización de la personalidad, la define como «el asistir a la persona para que llegue a ser lo mejor que es capaz de llegar a ser».

Por todo ello, el educando, con mayor o menor grado de conciencia, anhela efectivamente que la escuela le ayude a satisfacer determinadas necesidades vitales: comprensión realista del mundo que le rodea, incremento de la capacidad de pensar, con el subsiguiente poder de comunicación, asunción de la responsabilidad de su vida e, inclusive, gusto por el aprendizaje de forma continuada. Aspira a formarse desde dentro, mediante la liberación de todo condicionamiento que pudiera impedirle vivir en plenitud. El proyecto educativo responde «a las exigencias de la educación integral de hoy»<sup>23</sup> y apunta «a la promoción total de la persona»<sup>24</sup>. La escuela católica, al ofrecer su proyecto a los hombres de nuestro tiempo, «cumple una tarea eclesial, insustituible y urgente»<sup>25</sup>. Rasgos constitutivos del mismo son «Cristo como fundamento»<sup>26</sup> y la «referencia explícita al evangelio»<sup>27</sup>.

Cabe concluir que la «fidelidad»<sup>28</sup> al proyecto va más allá de exponer una doctrina o un mensaje con derivaciones sobre el comportamiento. Consiste preferentemente en despegar de la situación concreta para discernir el significado cristiano de la existencia, encarándola con la vida y palabra de Jesús. La identidad de la escuela católica debe leerse en los principios operativos de su proyecto, así como en su opción en favor de una catequesis liberadora<sup>29</sup>.

4.

9.

5. Véase también  
VOYE, *L'Eglise et  
sa mission à la rencontre  
de l'homme*, La foi et le  
monde, 8, 34-55, 1978.

4 y 55.

1.

16.

ipe Europea di Ca-  
... degli adolescenti  
... giovani, *Opzioni per  
... techesi liberatrice*,  
... esi, 47, 1.º marzo  
3-38.

### 3. ¿Cómo integrar la educación en la fe dentro de la comunidad escolar?

El lugar mejor adaptado para la maduración de la fe es la familia cristiana y la comunidad parroquial. Con todo, la personalidad de los niños y de numerosos jóvenes se moldea igualmente con la laboración decisiva de la escuela. De similar interacción surgen cuestiones varias.

Dos son las partes dialogantes. Por un lado, *la comunidad escolar* en evolución y controversia, encuadrada dentro de una sociedad que transita por cambios radicales. Y *la formación religiosa*, asimismo en proceso evolutivo y de renovación posconciliar, por otro.

Cabe interpelarse, a renglón seguido, ¿existe incompatibilidad entre el paralelismo, tolerancia mutua o integración armoniosa entre el proyecto educativo de la escuela y el objetivo específico de la formación religiosa?

Aunque no nos moviéramos en el marco de la escuela católica, convendría descartar, de salida, cualquier incompatibilidad entre el proyecto educativo, digno de este nombre, únicamente capaz de conducir al hombre a la mayor plenitud de su vida y su bienestar. Ahora bien, Dios habla en y a través de nuestras necesidades y aspiraciones humanas. La fe penetra precisamente hasta los niveles más profundos de la vida, llegando a influenciar la manera de pensar, sentir y actuar. Rozamos, una vez más, el consuetudinario tema de la inculturación. El Evangelio encuentra a cada hombre y a cada pueblo en el nivel de su mismo existir.

En un tiempo pretérito, algún centro experimentó la vivisección entre «disciplinas profanas» y «religiosas» que caminaban por sus respectivos ámbitos. Equivalía a obliterar prácticamente la teología de Teilhard de Chardin sobre la humanidad en crisis de crecimiento, abriendo la doble exigencia de actividad sin tregua y de resignación activa. Toda contribución al desarrollo del mundo y de la humanidad debía aportar a la construcción del Cristo total. Y el Vaticano II decía que «aunque hay que distinguir cuidadosamente proyecto temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo el primero en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana interesa en gran medida al reino de Dios»<sup>30</sup>. Si *interesa*, entonces ni el paralelismo ni la mutua tolerancia valdrán como respuesta.

<sup>30</sup> G. S. 39.

En un cuadro educativo global queda tan sólo patentizar la posibilidad de la integración armoniosa entre el proyecto escolar y la educación en la fe.

Dentro de las limitaciones que presenta la escuela católica, ¿qué oportunidades brinda? ¿Desde qué instancia, si no es a través de la escuela, pueden congregarse millares de jóvenes con aptitud para oír el anuncio salvífico? ¿Qué medios habrá que arbitrar para que dicho objetivo cristalice en la realidad?

A partir de cuanto antecede, cabe formular la siguiente *hipótesis de trabajo* en torno a cuatro ejes diamantinos.

*La comunidad escolar, consciente de su quehacer educativo integral, centrará toda su labor en torno a la persona del educando como protagonista de su autoconstrucción y le ofrecerá tiempos y espacios de encuentro en que pueda contrastar, a la luz de la Palabra, su existencia con la de Jesucristo. La propia experiencia servirá de punto de arranque a la expresión y celebración de la fe, que encuentra su culmen en la transformación de la realidad.*

### 3.1. *La escuela cristiana, instancia creativa*

No existirá porvenir para la catequesis si no se dan ciertas condiciones inherentes a su proceso dinámico. El edificio a construir se asienta sobre la base de la comunidad escolar. De su solidez depende la consistencia propia y el futuro de cuantos entren en contacto con ella. Es indispensable un gran esfuerzo por comprender la originalidad de la situación presente y descubrir las posibilidades latentes en ella. El hoy social, cultural, político y económico reclama a voz en grito autenticidad por encima de cualquier hipocresía. La institución escolar que se defina como cristiana debe aparecer como tal, aunque su concepción hodierna del cristianismo varíe de la de nuestros mayores.

Si los creyentes no dicen sobre el mañana qué avenidas quieren abrir a la reflexión, dejarán a los otros y a los acontecimientos decidir en lugar suyo. Quien dice lo que va a existir contribuye a dar vida a lo que ha proyectado. Convencer a un grupo acerca de sus recursos equivale a acelerar su ascensión constructiva. Quienes integran la comunidad escolar deben ser los primeros en confiar en el propio proyecto educativo y en jugárselo todo —personas y edificios— en aras de su fe. Únicamente si adoptan el estilo evangélico sabrán relegar al ostracismo las retóricas declaraciones de principios. *Brindarán* a sus contemporáneos *hechos*, insignificantes en los inicios, pero cargados de contenido y con onda expansiva.

Entre quienes se sienten aglutinados por la comunidad merecen particular atención *padres y profesores*. Considérense unidos en un quehacer de búsqueda. Los compartimientos estancos, preocu-

aciones vitales— saberes técnicos cederán su plaza a la relación interdisciplinar. El diálogo cordial presidirá en todo momento. Nadie tiene la última palabra. Todos son compañeros de profesión que ansían descubrir caminos certeros para la propia formación, antes de polarizarse en el hijo/alumno. Las diferentes comunidades escolares sentirán ansias por llegar, en progreso geométrica, al máximo número de padres. Más allá de las distancias usuales —pluriempleo, cultura media o inferior, inhibición— conviene ayudarles a que se mentalicen y sepan tomar distancia de los hechos diarios, como garantía de futuro. Paulatinamente operará el tránsito *del padre-cliente al padre-colaborador*.

El profesorado, elegido siempre no tanto en función de la disciplina a impartir, sino de su capacidad de connaturalizarse con el proyecto del centro, constituye otra pieza fundamental. Más que nadie, por su profesionalidad y cultura, sabrá trabajar en equipo y sentirá ansias internas de perfeccionamiento. Orillará, en reuniones y claustros, caer en la trampa de referirse en exclusividad a los alumnos. La crítica debe trocarse en autocrítica, aunque la preocupación en cuestión de las certezas adquiridas sea dificultosa. Su compromiso y su felicidad reposan en ese avance hacia la realización personal. Si otros intereses —poder, nombradía, bienestar<sup>31</sup>— embrocieran su óptica, de rechazo quedaría empequeñecido el horizonte a proyectar sobre los educandos.

<sup>31</sup> Los profesionales de la docencia deben tener resuelto el problema económico. Incumbe a la sociedad valorarlo justamente.

Tender puentes de intercomunicación entre los miembros de la comunidad escolar puede propiciar una transacción de muy mayor envergadura.

*De la comunidad escolar a la comunidad cristiana.* Si compartir un proyecto educativo implica una sinceridad visceral en la vida de todos, ¿por qué no podría ser éste el germen no de una, sino de varias comunidades cristianas que actúen como levadura en la pasta del conjunto? ¿Por qué esta situación particular, pequeña en su comienzo, no puede entrar en contacto con otras situaciones particulares y cobrar forma paulatinamente? ¿Qué finalmente se desvanecería, entonces, la problemática de gabinete entre lugares privilegiados de educación en la fe! *Recrear la escuela católica*, desde el interior de sus propios artífices, supone infinitamente más que ir a remolque de los acontecimientos del instante. Por ello habría que estar en disposición de decir a cuantos discute la viabilidad de la escuela católica lo mismo que otrora Jesucristo manifestó a dos posibles discípulos: «*Venid y ved*» (Jn 1,39). El evangelista nos certifica «que se quedaron con él aquel día». También sabemos muchísimo más de su perseverar con el único Maestro hasta la oblatividad incondicional y absoluta. Nadie percibirá la verdad en la canción de un solista, sino en una coral polifónica.

El porvenir de la educación en la fe está ligado íntimamente a hombres y comunidades que crean en ella. Tendrá eco en el mundo en la misma medida en que estos hombres y comunidades habrán comprometido su vida en dicho quehacer.

### 3.2. *Fragante plenitud de los jóvenes*

La imagen del discípulo moldeable como cera quedó para el archivo histórico. En este ámbito, la pedagogía ha operado un giro copernicano. El niño, adolescente o joven debe obedecer a otra ley absolutamente sagrada, la ley que lleva en sí mismo.

Cuando se habla de educandos, el movimiento resulta la mayor parte del tiempo unívoco. Se piensa por ellos, se hace algo en favor de ellos, se discurre acerca de ellos... Rara vez existe el movimiento inverso de dejarse acoger por ellos, de escucharlos y de darles ocasión de que critiquen o aconsejen a sus maestros. Entrar en esta dinámica supondrá, por una parte, *apertura incondicional al estilo de vida juvenil* y, por otra, *aprendizaje del caminar adaptado al momento psicológico de la persona* <sup>12</sup>.

Destaca primordialmente el abrirse a todas las dimensiones de la vida, así como a todos los problemas de la juventud. Exigencia que involucra la seria connotación de aceptar seguir, con los jóvenes, una travesía del desierto y una noche oscura. Disponibilidad para vivir en lugares hasta ahora ignotos, creando con ellos pequeños grupos y comunidades nuevas, avanzando con tanteos en medio de la niebla hacia un porvenir imprevisible. Esa gama de tentativas innovadoras, preñadas de sentido para ellos, equivalen a entrar en el silencio y la aridez. Más de uno podrá exclamar: ¡caminos arriesgados! ¿Acaso la acción educativa no es riesgo permanente?

Sólo quienes acompañen a los jóvenes, desde sus mismas coordenadas existenciales, están habilitados para conjugar una pedagogía centrada sobre la persona y las etapas de su crecimiento. Sentido itinerante que obliga a considerar al sujeto de la educación como proyecto que va gestionándose día a día, sin confundir nunca cada uno de los estadios y vericuetos intermedios con el punto de llegada de la adultez. Con este sentido direccional cabrá estructurar, de mancomún, la personalidad en todas sus dimensiones de afectividad, imaginación, inteligencia y libertad de decisión. Medios imprescindibles para conseguirlo son el diálogo paciente y la participación auténtica. Punto en el que convendrá esquivar la trampa de convertir en logro lo que no deja de ser simple

lier PIVETEAU, *ent ouvrir les jeu-  
la foi?*, DDBBel-  
, París, 148, 1977.

manioobra por mantener el *statu quo*. Gráficamente lo expone BRIAN WREN:

Si hablamos a nuestros alumnos sobre el diálogo y la participación, pero en realidad lo único que esperamos de ellos que escuchen, memoricen lo que se les ha dicho y plantee preguntas impertinentes, el oculto mensaje que estamos comunicando (lo acepte o no la gente) es que la aceptación pasiva es mejor que el aprendizaje activo, que la recepción mejor que la participación y que el conocimiento o la verdad cristiana es un paquete transmitido por nosotros, que sabemos, a los oyentes, que no saben<sup>33</sup>.

<sup>33</sup> *Educación para la justicia*, Sal Terrae, Santander, p. 211, 1977.

La presión de padres y educadores es uno de los mayores peligros que gravitan sobre la educación cristiana.

En el mismo orden de cosas, los jóvenes requieren *lugares de intercambio*, para que, al distanciarse de la realidad, sepan justificar las cosas correctamente y tengan el atrevimiento de contrastar sus puntos de vista con el de los adultos. Los signos de tiempos apuntan en esta línea de búsqueda, de encuentro, de libertad de expresión. Si la comunidad escolar consigue crear una verdadera vida de relación dentro de las aulas o en grupos espaciales, allí mismo existe ya el anuncio de Jesucristo. Ambito en el que conviene anticiparse a la demanda juvenil. ¿Quién es el educador que ignora la sensibilidad de los muchachos a la hora de vivir la Pascua Juvenil, de protestar a raíz del proceso a «Els Joglars» por el aumento de las centrales nucleares, de moverse alrededor del estuquista que llegó a jefe del Gobierno republicano? ¿Cuántos, en cambio, habrán sabido transmutar los hechos en tiempos fuertes para que ellos mismos descubran *las exigencias que reclama el ser cristiano y la concordia nacional?*

Fomentar *momentos de intercomunicación*, otro método al alcance de la mayoría. Para que consigan vivir la gratuidad del tiempo de reflexión al margen del horario escolar, con un surtido de temas propuesto por quienes participan voluntariamente en el debate.

Por definición, el alumno es un ser que busca. Respetar su proceso evolutivo en modo alguno se halla reñido con sugerir *vías concretas de realización*: fines de semana, convivencias, círculos de estudio, cursillos, colonias de verano...; en suma, espacios de libertad y creatividad que gocen de la virtud de acercar la utopía a la realidad.

Esa tríada puede que parezca ambigua, transitoria, al margen de la sociedad o de la Iglesia. Sirve, con todo, como pista de des-

que. A partir de ella cabrá establecer conexiones múltiples que conduzcan a mayor estabilidad en el tiempo y origen en compromisos de mayor entidad.

### 3.3. *El Jesús histórico, piedra de toque para el existir humano*

La escuela debe cuestionarse, de continuo, lo que el carácter de *católica* significa para ella. Quienes viven la comunidad educativa no dejarán al azar o a las contingencias el cuidado de decidir la realización de dicho ideal. Juntos tienen que recorrer el camino. Si así lo hicieren, el carácter católico no será un nombre grabado en la fachada, entrará en la escuela por su propia fuerza. En la escuela en que el cristianismo no está presente de modo vivo, la catequesis y la misma plegaria refuerzan la impresión de lo religioso como algo postizo. No es la catequesis la que configura a la escuela católica, aunque ésta posibilite la existencia de aquélla. Otros elementos requieren una presencia institucional: el esfuerzo por realizar una mayor justicia respecto a los menos dotados y el afán de purificar las relaciones humanas de cuanto pudiera alterarlas (aislamiento, celos, desconfianza). En la escuela debe haber sido instaurada la democracia, que no se funda en la voluntad de conquistar a todo precio los derechos del individuo, sino que descansa más bien sobre los esfuerzos en promover la felicidad y los intereses del otro.

El clima de concordia, la comunión de miras y el espíritu altruista propiciarán la labor catequística. Habrá que descartar cuantas soluciones oportunistas incidan en un tipo de escuela de corte tradicional, donde sólo importa el conocer<sup>14</sup>. En el fondo, sus promotores hace tiempo que desesperaron del quehacer formativo. Al ser personas lúcidas, debieran sumar sus fuerzas en promover una revolución cultural y pedagógica que transforme sustancialmente personas y estructuras.

Urge, además, reconocer las deficiencias de cualquier sistema proclive a la colonización pedagógica o espiritual y vivir la preocupación por llegar a la masa total. Si todo se cifra en servir un cristianismo descafeinado o en atender a una selectividad voluntaria, ¿dónde ubicar el cumplimiento del mandato del Señor: «Id y enseñad a todas las gentes» (Mt 28,20)?

En algunos países occidentales cobra cuerpo la idea de ofrecer una programación *orientativa*. Abandonados los viejos programas, excesivamente doctrinales, sin sensibilidad alguna por la neoproblema en torno a la fe, los especialistas han creado programas

idier PIVETEAU  
a de trenzar un lú-  
análisis sobre la ca-  
sis estadounidense.  
decenio último, re-  
os/as asumieron su  
nsabilidad en el  
nio catequístico. Se-  
na a A. NEBREDÁ,  
mero en advertir la  
kerigmática; al vi-  
rio G. MORAN, con  
ncepto de Revela-  
y su insistencia en  
tar la libertad y los  
s de cada persona,  
ue explicitara nunca  
estructuras educati-  
necesarias para en-  
arlas; al práctico

Sidney B. SIMON con su clasificación de los valores.

Pese a la serie de caminos nuevos, se puede afirmar que la catequesis no ha cambiado fundamentalmente: «Les Américains ont finalement continué à miser sur l'école chrétienne, malgré de nombreuses fermetures d'écoles dues aux difficultés financières, et sur la catéchèse donnée en école» (20 ans de catéchèse américaine, LumVit 32, 1977, 250).

Respecto a Francia e Italia, cfr. Pierre MOITEL, *Situations catéchétiques des aumôneries de l'Enseignement Public en France*, LumVit, 32, 171-184, 1977; Joseph GEVAERT, *L'insegnamento della religione nella prospettiva della revisione del Concordato*, OrPed, 24, 476-497, 1977.

<sup>35</sup> Cfr. «B. O. E.» n.º 93, 18-4-1975, pp. 8063-8064.

que dejan amplio espacio a los jóvenes y a la creatividad de docentes. Pese a inevitables lagunas, permiten el fructecer de los caminos de enseñanza que representan notorio progreso desde la perspectiva didáctica.

Este dista de ser todavía, hoy por hoy, el camino hispano. Quien analice el programa oficial de formación religiosa en el BUP quedará sorprendido por la intelectualidad teológica, por la viveza de los contenidos y por la ausencia absoluta de referencias al exterior de los destinatarios <sup>35</sup>. De todos es conocida la pugna que media a la hora de arbitrar la programación.

Por otra parte, la teoría *orientativa*, de ponerse en práctica, disminuiría en la supresión de los manuales, ya que la formación religiosa se basaría sobre la vida cotidiana del sujeto y de la comunidad cristiana, así como sobre la creatividad del animador. Todas las consecuencias resultarían catastróficas para las editoriales, cuyos servicios fueron apreciables en un pasado próximo.

Sin llegar a esta medida, gana en consistencia la realidad de que la enseñanza religiosa no puede ni pretende ser, en primer lugar, el ejercicio de la función pastoral-catequística de la Iglesia respecto a los creyentes. De ahí que se abogue por impartir cultura religiosa para todo el alumnado. Esta puede suscitar resistencias, si no al encuentro de las dudas, crisis y dificultades juveniles y si permite situar la fe cristiana en la realidad sociocultural que vive a diario.

Lejos de polemizar, nuestra preferencia va encaminada hacia abrir experimentalmente caminos ya claros, por otra parte, en documentos y estudios eruditos.

En el último cuarto de siglo la catequesis ha evolucionado con tres acentuaciones posibles: de la *conceptual-doctrinal* con insistencia en los contenidos y servida por una pedagogía magistral a la *antropológico-existencial*, que a partir de la experiencia de vida del educando propugna compartir la fe en el seno de una comunidad cristiana, pasando por la catequesis *kerigmática-histórica*, que acentúa el anuncio de la buena nueva y el recurso continuo al hontanar bíblico.

Bastantes educadores no han percibido aún los vientos del camino operado y sueñan con la primera vía. Los estudiantes, otrora conformistas, protestan ante el magisterio impositivo. Y éste, como réplica, opta por el abandonismo o por servir el menú a la carta según las solicitudes de los clientes. Cuando la clave radica en adentrarse a mayores profundidades, puesto que la enseñanza religiosa «difiere fundamentalmente de cualquier otra porque no

mensaje al Pueblo de 1 (según el texto de Nueva, n.os 1.103-1.104, 5 y 12-11-1977; 2.175; aludiremos a 1 siglo M.).

panorámica con- puede obtenerse a s de G. CAPRILE, *Le de des Evêques*, 100, 3-18, 1978; JOSÉ CAFFARENA, *Fe una época de crisis*, e, 193, 113-126, 1976; CASPER, *Introduc- a la Fe*, Sigume, nanca, 224, 1976; G. TELET, *Vivre au- hui la foi de tou- Relecture du Cre- erf*, Paris, 164, 1977; JOIS REFOULE, *Gesu ? riferimento de- ire dei cristiani*, M, 10, 41-76, 1978; ntal VAN DER JOKE, *Comment le ème de l'annonce de s-Christ est perçu es professeurs de re- Humanités chré- nes*, 21, 241-255, 1978; H. ZAHRT, *A sert le christianis- Le Centurion*, Paris, 1976.

r. Georges CASALIS, *idées justes ne tom- pas du ciel*, Cerf, Pa- 32, 1978.

sis que sostiene la rovertida obra de re-Marie BEAUDE, s oublié. *Les évangi- t nous*, Cerf, Paris, 1977.

esumen, se trata de scubrir la voz del ¿En qué términos a de la fe en Cristo icitado? ¿Cómo em- ) a anunciarse el saje cristiano en la

propone como fin una simple adhesión intelectual a la verdad religiosa, sino el entronque personal a todo el ser con la persona de Cristo»<sup>36</sup>.

El Sínodo 1977 ha centrado su atención en la actividad eclesial exigida constantemente «por la necesidad de infundir, de manera viva y operante, la Palabra de Dios y el conocimiento cada vez más profundo de la persona y del mensaje salvador de N.S.J.C. Nos referimos a *la catequesis, que consiste en la educación ordenada y progresiva de la fe junto con el proceso continuo de maduración en la misma fe*»<sup>37</sup>.

No se trata, pues, de transmitir una momia embalsamada de la revolución moral operada por Jesús, sino *hacer en nuestro mundo* lo que Jesús hizo en el suyo. Mas no basta militar, hay que leer todavía lo que se hace a la luz del evangelio<sup>38</sup>. Los cristianos, en cierto sentido, deben ser capaces de olvidar la repetición mecánica de la letra evangélica, con el objeto de *vivir hoy el evangelio*. Sin excluir, en absoluto, la memoria y la continuidad, una dosis de olvido resulta indispensable para quien debe crear algo nuevo<sup>39</sup>.

El nudo gordiano radica en *conectar la Biblia con la situación ho- dierna*. ¿Cómo hacer para pasar de la Sagrada Escritura al hoy existencial? El paso se efectúa cuando hay tensión, cuando la vida no es ni ratificación ni copia, sino tránsito.

Se descarta la tensión metafísica que contrapondría el tiempo a la eternidad, así como la tensión entre una prehistoria tejida de contradicciones y una historia futura finalmente desalienada. La *única tensión válida es la interpretativa* que llama al hombre a confrontar textos, inextirpables de su pasado, con una vida, intransportable de su presente. La alteridad de los textos obligará al creyente a *mantener la alteridad de Dios*, más allá de sus deseos de eternidad o de sus proyectos transformadores.

Técnica que supone progreso respecto a la óptica del observador que compararía *situación-relato bíblico*, anotando palabra a palabra las semejanzas. Inmersos como estamos en la situación, ensayamos habitar el texto de tal manera que por su estructura moldee, despierte para oír, donde estemos, una Palabra, el testimonio de una presencia fiel. Tanto más profunda será la escucha cuanto mejor comprendida sea la situación, merced al conjunto de medios humanos a nuestro alcance. Proporcional, asimismo, a la actitud mística de disponibilidad espiritual y de apertura a la confrontación eclesial.

La escuela católica sabrá invitar al joven a esta tarea de *contras- tar*, desde dentro, *la propia existencia con la del Jesús histórico*.

Iglesia primitiva? Existe bibliografía abundante en torno a esta temática. Entresacamos: A. CANIZARES, *La evangelización, hoy*, Marova, Madrid, 156, 1977; M. DUMAIS, *Le langage de l'évangélisation*, Desclée et Cie., Tournai, 399, 1976; F. DUMORTIER, *La fin d'une foi tranquille. Bible et changements de civilisations*, Ed. Ouvrières, Paris, 231, 1975; J.-M. FAUX, *La foi du Nouveau Testament*, Institut d'Etudes Théologiques, Bruxelles, 402, 1977; Philippe H. MEYNOUD, *Jésus-Christ et la foi: Recherches néotestamentaires*, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel, 359, 1975; E. RASCO, *La Teología de Lucas: Origen, desarrollo, orientaciones*, PUG, Roma, 195, 1976.

<sup>40</sup> M. 11.

<sup>41</sup> M. 10.

Cuando ellos y ellas reclaman determinados conocimientos menéuticos, el educador en la fe sabrá aprovechar la oportuna para incidir en la alteridad cultural de la Escritura.

### 3.4. *Desde la Palabra - vía celebración - a construir el mundo*

«En toda catequesis integral hay que unir siempre, de modo soluble, el conocimiento de la Palabra de Dios; la celebración de la fe en los sacramentos; la confesión de la fe en la vida cotidiana.»

«La Pedagogía de la fe tiene, pues, un carácter específico: *encuentro con la persona de Cristo, la conversión del corazón, la experiencia del Espíritu en comunión con la Iglesia*» <sup>40</sup>.

El Mensaje del Sínodo tuvo la virtualidad de recalcar la estructura tripartita de la catequesis. El análisis de cada una de estas partes permite inducir importantes criterios para la acción.

La Palabra de Dios que resuena en la catequesis tiende a ser rante. La inmersión en ella requiere lugares y momentos. En ninguno manifiesta incompatibilidad con la escuela y con los tiempos señalados dentro de la misma. Amén de permitir el *caer-sus-hombre*, introduce una experiencia específica e integralmente cristiana. El consenso sinodal fue unánime a la hora de explicar el entronque de la catequesis con la vida: «*A partir de la experiencia de los cristianos surgirán nuevos estilos de vida evangélica*

Aun con el riesgo de caer en un tópico, vale la pena recordar que la eficacia no puede ser erigida en criterio supremo, sin que tampoco pueda descuidarse. Al evocar la perfección concreta de Jesús, se hace hincapié en la eficacia a largo plazo de ciertas acciones suyas con una eficacia inmediata.

Hoy se revaloriza la dimensión y experiencia propiamente religiosa del acto catequístico. El hombre unidimensional ansía volver a las fuentes de su ser y de su operar. Sería grave que la catequesis no le brindara un lugar evangélico y eclesial para saciar su sed. Cuando la gente carece de modelos religiosos que respondan a sus necesidades busca los más adecuados allí donde se hallen (especialidades de Oriente) o, inclusive, los inventa. El quehacer del educador permite estimular toda suerte de experiencias religiosas.

La dimensión a ser complementada por el *método inductivo* que utiliza los temas antropológicos y las cuestiones planteadas por los participantes para generar las condiciones requeridas a una apropiación personal de la fe. A medida que se profundiza en el vi-

de la fe, la persona siente necesidad de comunicarla y expresarla. El camino de la proposición y el lenguaje de la fe está, a veces, erizado de dificultades <sup>42</sup>. Si no media la comunicación auténtica, ¿cómo podrá aseverarse el desinterés juvenil? Esos jóvenes que buscan reunirse para celebrar una fiesta, para discutir toda suerte de cosas, para orar... no admiten, sin embargo, ningún ritual preestablecido. Aman la espontaneidad y la creatividad. Con su amor entrañable a la vida son capaces de redescubrir el sentido existencial de quien se autodefinió «Camino, Verdad y Vida».

Aprender el lenguaje cristiano presupone necesariamente dar juego a una memoria viva, que hace revivir una letra muerta. La memoria profunda es la memoria del corazón, si se entiende por corazón el conjunto de facultades de conocimiento y de amor que determinan el movimiento de nuestro ser y lo orientan hacia Dios y hacia otro <sup>43</sup>. Habrá que educarla para que el niño, desde preescolar y progresivamente, la aplique a textos bíblicos selectos, a fórmulas litúrgicas breves y comprensibles. El recurrir a la memoria cristiana no es sinónimo de recordar un contenido válido para todo el mundo. Equivale a transmitir el evangelio desde la propia psicología infantil, esto es, supone que el niño se sienta personalmente concernido. Más que fidelidad material del recuerdo, que reproduciría la letra de un acontecimiento o de un texto pasado, es *continua recreación del sentido*. Quien haya respirado en los primeros años ese aire evangélico recordará en los momentos delicados de su travesía existencial todo cuanto vivió intensamente <sup>44</sup>.

La acción eclesial recuerda, conmemora y celebra *en memoria de Jesús*. ¡El vive entre nosotros! La catequesis empalma, de esta suerte, con toda la acción sacramental y litúrgica. Ambito que en un pasado inmediato polarizó el interés de los educadores, que veían cómo normalmente la iniciación doctrinal culminaba con la celebración eucarística. Todavía hoy preocupa a muchos padres que critican a la escuela cristiana por haber arrumbado las confesiones semanales y las misas periódicas. A los tales pasa desapercibida esa *ecología espiritual* o conjunto de condiciones que permiten a toda una comunidad responder, en cuerpo y alma, a su destino.

Hay que redescubrir la comunidad de los Hechos Apostólicos para comprender cómo fluía naturalmente del escuchar la Palabra el participar en la fracción del pan y el compartir todas las cosas. Muchos contemporáneos califican el cuadro de idílico. Pertenece más bien al ámbito de la utopía, de una utopía necesaria. El cristianismo que muestra comprensible predilección por las tareas culturales y educativas tiene aquí su mejor terreno de cultivo. Si

R. AGOURIDIS - LARD - GIRAULT, *Ucer Jésus Christ d'hui*, Mame, París, 1973; Jean LEDU, *¿Inde vamos a pa-El educador en la pa» de la moral*, va, Madrid, 170, ; FR. MEDARD, *catation des jeunes e lieu d'épreuve la théologie*, R. 51, 298-306, 1977.

Jean-Claude SAG, *memoire du coeur*, 132, 184-199, 1978.

an-Pierre BAGOT que la cuestión fun-ntal de la pedag-ristiana hoy «n'est d'abord de trouver ontenus à faire apre; elle ne consiste on plus à découvrir néthodes mnémote-ues. Elle consiste à uer le dynamisme nt le souvenir vi- (Fournir un con-à la mémoire ou quer la «mémoire ienne», VSp, 132, 1978).

todos los hombres del mundo uniesen sus manos, si los « media » recogieran preferentemente los aspectos positivos y sos de nuestro mundo, si llegara a producirse una generación ignorara el contenido lexicológico de vocablos como « odio », « lencia », « guerra »... , si la escuela fuera una auténtica comunión cristiana, entonces sí que retornaríamos a la Escritura con ojos y con otro espíritu.

<sup>45</sup> H. KUNG, *Libertad del cristiano*, Herder, Barcelona, 208, 1975; Henri de LAVALETTE, *Identité chrétienne et pertinence du christianisme*, Etudes 343, 763-776, 1975; J. MOINGT, *La transmission de la foi*, Fayard, París, 128, 1976.

La celebración de la fe y toda acción sacramental postular opción libre <sup>45</sup>. Educar en este vector, he ahí el gran cometido sacramental para adquirir buena conciencia respecto a la acción religiosa impartida, resulta craso error. Lo nuestro debe pregonar por encima de los tejados, a tiempo y contratiempo, una buena nueva de Cristo Resucitado. *No se nos pide ser escuchado sino evangelizar*. Aunque las apariencias y el acre de muchos venes parezcan indicar que es contraproducente. El dar razón de nuestra fe y de nuestra esperanza supondrá, asimismo, crear condiciones para la plegaria, la reconciliación y la acción de gracias: partir de la fraternidad que acoge al hermano como signo sensible de Jesús, germinará la necesidad de sellar con signos sagrados los principales hitos de la vida.

Escuchar la Palabra, hacerla carne de la propia carne, experimentar la necesidad de compartir y celebrar corporativamente es una necesidad personal a Jesucristo, ¿tiene sentido en sí?, ¿en función de qué dinámica existe?

La Palabra no puede guardarse celosamente en la subjetividad de sus destinatarios. Apremia verificarla en su aptitud en orientación éstos hacia un actuar respetuoso del dato humano e histórico donde resuena. La escapada de la simple neutralidad o apoliticidad es cada vez menos posible. *No contribuir* a la transformación de la realidad social equivale inevitablemente a *contribuir a la transformación* de esa realidad. La seriedad del compromiso resulta ineludible para el cristiano moderno.

Más que discutir hasta dónde puede conducir una teología de liberación o de la cautividad, interesa proyectar dicha característica al ámbito escolar.

Entre los fenómenos medulares de este tiempo figura la *superformación* de que gozan adolescentes y jóvenes y la *correlativa impotencia* que experimentan, como individuos o agrupados, para actuar sobre las estructuras.

El proyecto educativo de la escuela católica debe hacerles permeable que *algo puede ser intentado* en conexión con sus aspiraciones: fraternidad, de justicia, de libertad, de paz... a condición de que

ger los objetivos adaptados, analizar la situación y determinar lo posible realizable en función de los obstáculos a vencer. Medir las propias fuerzas en la palestra de la vida con la convicción de que *hay que hacer algo* para verificar la liberación efectiva, aunque limitada, de violencia, de injusticia, de pecado. De lo contrario, la fe sería pura ilusión o espejismo. La llamada amorosa de Dios favorece la autonomía del hombre, provoca su iniciativa y le abre a un porvenir que debe construir, tanto en la sociedad como en la Iglesia, igual que otrora hizo Cristo con su modo de ser y de vivir.

Carácter operativo que implicará, sin duda, una comunidad de personas que lo potencie. Muy atinadamente el Sínodo proclamó que «*el lugar o ámbito normal de la catequesis es la comunidad cristiana*»<sup>46</sup>. Cada hombre ostenta la fe como símbolo, como una pieza incompleta y rota, que no sabrá encontrar su unidad y su integridad sino uniéndose a los demás<sup>47</sup>.

Ahora bien, las formas de comunidad evolucionan rápidamente. Junto a las comunidades *tradicionales* —familia, parroquia, escuela— *surgen otras muchas*: pequeñas comunidades eclesiales, asociaciones, grupos juveniles...<sup>48</sup> que representan una oportunidad para la Iglesia. Pueden ser levadura en la masa.

A nivel oficial, la Iglesia acaba de dar el espaldarazo a las *comunidades cristianas*, que de un tiempo a esta parte crecían un poco por doquier. Gracias a las intervenciones sinodales de los obispos africanos, expertos en realismo, ha ganado muchos enteros la comunión eclesial.

Cuando algunos educadores han puesto en duda el valor de las «lecciones» impartidas en el contexto de la enseñanza escolar, para zafarse de una obligación de conciencia, la Iglesia propone una gran alternativa. Si la comunidad escolar cristiana responde realmente a su definición, garantizará el porvenir de la fe. Evidentemente las exigencias que conlleva similar objetivo provocará temores acerca de su viabilidad.

Sin discutir el fundamento más o menos razonable de dicha apreciación, conviene recapacitar sobre el cómo hacer para que dentro de la misma escuela surjan, amén de la cultura religiosa impartida a todos, diversos tipos de comunidades, eslabones previos de una gran o de grandes comunidades cristianas. La comunidad escolar admite una serie de ofertas pedagógico-catequísticas que intentará mejorar a todos los niveles. Subrayamos primordialmente seis:

a) *Catequesis de infancia*.—Móvil de la misma puede ser la primera comunión. De hecho, así funciona en muchos sectores. Con-

3. Cfr. Paolo MI-  
II, *Quale comunità  
na per un mag-  
npegno di evange-  
me e promozione*  
I, Orientamenti  
ali 26, 13-23, gen-  
978; F. SANTORO,  
*nunita condizione*  
*de*, Jaca Book, Mi-  
2, 1977.

igual que Maurice  
I, quien evoca su  
lencia de mayo

que je crois tient  
ns le Credo. Je  
ns d'essayer de  
n réciter le texte  
je n'y suis pas par-  
u. J'ai découvert  
je ne le savais  
s. *Je ne le sais*  
*en le prononçant*  
*ec d'autres hom-*  
*s*. C'est ainsi. Et  
s bien ainsi. Dieu  
t loué.» (*Ce que je*  
*is*, Grasset, Paris,  
307, 1975.)

parroquia no pa-  
a el cuadro, o por lo  
el único, en que  
desarrollarse una  
dera comunidad  
na. Así se infiere de  
Paul DELOUPY,  
*et prêtres, des idées*  
*demain*, Le Centu-

tion, Paris, 268, 1977; M.<sup>a</sup> LÓPEZ VIGIL, *Los nuevos catecúmenos*, Vida Nueva, n.º 1.120, 4-3-1978, 439-446.

viene, con todo, *ir más allá de la recepción del sacramento* y prometer a toda la comunidad.

La familia como catalizadora de las experiencias que padece niños debiera reflexionar, de continuo y abiertamente, sobre situaciones. Voluntariamente podrían agruparse varias familias en la escuela o en el marco que juzguen oportuno, y centrar interés en ver qué problemas tienen sus hijos, así como las vías de solución que entrevén. Acto seguido entran en liza los niños y los adultos, los dos juntos intentan construir.

Importa sobremanera que en este proceso catequístico estén involucrados los prometidos padres y madres. Igualmente, habrá que partir de la experiencia por encima de cualquier estructura temática. *El rol del adulto* actuará de faro en el periplo de maduración en la fe para los niños, quienes sentirán el atractivo de arribar al puerto de la celebración y del compromiso.

b) *Grupos de reflexión cristiana*.—Método a proponer a quienes finalizan EGB, así como al alumnado del BUP. A todos cualesquiera que sientan una preocupación por profundizar en su fe. Con carácter totalmente voluntario y al margen del horario escolar. En grupos mixtos, a ser posible. Temática a sugerir por los propios interesados de acuerdo con el animador. Pueden columbrarse pistas resonantes en el *Catecismo de preadolescentes*.

Habría que soslayar a toda costa que ningún grupo se cerrara por sí mismo. Existe la posibilidad de abrirlo a los adultos, siempre que la integración no suponga la desbandada de los jóvenes. *Integración en la comunidad eclesial*, a ser posible, para que quede como práctica de colegio. En su orientación cara a la vida requerirá transitar por determinadas etapas. El ritmo debe ser el que establezcan los mismos jóvenes.

c) *Comunidades de catecumenado de confirmación*.—Sierve para que esté en manos del educador disponer al sujeto del sacramento. Para que sea capaz de manifestar personalmente su fe y de renovar el bautismo que recibió al poco tiempo de nacer.

La alternativa propuesta espera a la fase evolutiva, que no se inicia antes de los doce a catorce años, en la cual los muchachos son capaces de reflexionar sobre lo bueno y lo malo del mundo y de iniciar su búsqueda intencional de sentido <sup>49</sup>.

También aquí la recepción sacramental no puede constituir el punto de llegada. El itinerario proseguirá a partir de una concepción del cristianismo rectamente elucidada, con objetivos, actitudes y programación concordantes. Con la previsión de *dónde*

<sup>49</sup> Cfr. G. BIEMER, *La controversia sobre la edad de la confirmación, caso típico de conflicto entre la teología y la pastoral*, Conc, 14, 283-292, I, 1978.

en anhele superar  
módulos arcaicos  
complacido el libro  
in J. TAMAYO, *Un  
to de Iglesia para  
ro en España*, Pau-  
Madrid, 326, 1978.

*cardinar luego a estos jóvenes.* El desánimo puede cundir entre los animadores al comprobar que las salidas están minadas con estructuras petrificadas o liturgias convencionales. De ahí que sea necesario volver a insistir en la *comunidad de adultos como punto de referencia*<sup>50</sup>, ya que desde un punto de vista estrictamente eclesial, la situación no es normal cuando la totalidad de la catequesis juvenil se desarrolla en la escuela.

Los miembros de tales grupos no pueden actuar como espectadores que atienden lo que se les dice. Tendrán que participar, expresar sus propias opiniones, dar a conocer sus objeciones y anunciar su derecho a la configuración del estilo de vida propio de tal grupo. Una comunidad abierta de este tipo supone un continuo peligro de perder equilibrio, de cambiar de funciones pasando de grupo interior en el cristianismo a grupo humanístico y liberal. El riesgo debe superarse mediante la fuerza espiritual más poderosa que representan la vida y el pensamiento cristianos.

d) *Fomento de encuentros de oración.*—Fines de semana, días festivos, vacaciones... sirven, muchas veces, de cauce al excursionismo, al éxodo de la gran ciudad. ¿Por qué estos mismos tiempos no podrían invertirse, ocasionalmente, en experiencias de plegaria? ¿Cabe hermanar *montaña y oración*? Espacios de encuentro para situarse cara a cara con el Señor, para compartir la eucaristía, las propias habilidades, el propio pensamiento.

Imprescindible la existencia de un equipo de animación que busque lugares y tiempos que se brindarían a personas mayores de quince a dieciséis años que desearan orar a solas y con otros, que anhelan vivir la amistad y que gocen en la montaña.

Si este último requisito fuera inviable, cabe escoger casas de oración y perseguir similares objetivos.

e) *Comunidad cristiana.*—¿Puede la comunidad escolar dar pie a una o varias comunidades de signo cristiano? De esta premisa depende la dinámica futura de la Iglesia. Cuanto se haga por convertir en realidad esta proposición será poco si atendemos a los frutos inmensos que puede reportar, en la encrucijada del 2000, cuando se habrá operado definitivamente *el tránsito de una Iglesia ligada a la cristiandad occidental a comunidades de testigos diseminadas en un mundo abigarrado de pueblos y culturas*. En este campo la escuela católica goza de la gran oportunidad de alinearse decididamente en favor de las personas y de la comunidad.

Escuelas de Padres y círculos de reflexión debieran ser las primeras células de tan vasta operación.

f) *Formación de equipos de animadores.*—Cualquiera de las experiencias anteriores reclama la contribución de animadores. El objetivo es la catequesis auténtica, llevada por laicos, convocando y organizando escuelas de catequistas y seminarios de reflexión para que jóvenes y adultos, al alimón, *empiecen por autogestionarse*. Si, desde la base, unos y otros saben estimularse y asumir una tarea común, el abanico de posibilidades se consolidará y se multiplicarán otras muchas. Entonces sí que la escuela católica ha dado el paso definitivo para la formación integral del hombre.

Emprender experiencias, por pocas, transitorias y pobres sean, supone ya haber empezado a caminar. Sirven de base para que otros avancen en la misma dirección del ser cristiano. Cuando cualquier coetáneo nuestro se sienta vencido por la experiencia, habrá que gritarle: «Ven y observa. Mira cómo actúan y cómo aman.» Quedaron canceladas las proclamas solemnes. El testimonio es lo único que prevalece.

La *Escritura* tendrá *primacía* en cuantas experiencias giren alrededor de la escuela. Sugiere, por sí sola, un proceso educativo. La visión del mundo y los valores de la comunidad de fe transmiten en el seno de la familia, se sostienen mediante la participación en la liturgia de la comunidad y se estimulan gracias a la orientación profética de que está pendiente la escuela católica.

Por otra parte, para que quienes integran la comunidad no experimenten esta pastoral como extraña, es necesario moverse siempre *desde las instancias de la base*. Esto es, respetando el ritmo y los sentimientos de niños, adolescentes, jóvenes y adultos, *procurando con sinceridad* más que imponiendo con irreverencia *creando* más que suprimiendo, *aceptando el riesgo* más que cuando todas las garantías según la óptica humana.

## 4. Conclusión

Si bien ha sido más fácil detectar problemas que sugerir todo un método resolutivo, nada se pierde con el intento de recapitular las principales ideas-fuerza. De quedar éstas prendidas únicamente en el recuerdo, carecerían de operatividad. La existencia de personas, con ímpetu progresista y amor al riesgo, asegurará el resultado último de una historia todavía por decidir. La de una catequesis, *punto de encuentro entre la fe cristiana y la cultura juvenil*.

4.1. El problema fundamental de la alienación del hombre moderno y la decadencia que le rodea en el seno de un capitalismo que envejece no puede resolverse mediante la planificación autoritaria. Apremia dar con los medios capaces de destruir, desde la base, la exterioridad y opacidad de los poderes económico y político. El hombre ambiciona participar, como ser creativo, en la autogestión empresarial y en la sociedad pluralista. A nivel cultural, los jóvenes propenderán a cambiar los fines educativos mientras optan decididamente por modelos distintos de civilización.

4.2. Es básico encontrar maestros, altamente formados, que escuchen a los jóvenes, les interesen y creen núcleos humanos de amistad. Que posean, además, el carisma profético de impulsarles a verificar su fe.

4.3. La escuela propiciará la formación religiosa en la misma medida en que los adultos —padres y educadores— realicen, por su parte, idéntica experiencia que los discípulos y acepten perseverar en la cristalización de una nueva cultura con su correlativo paisaje de valores.

4.4. La evangelización del mundo juvenil ha de llevarse a término por los mismos jóvenes con actitud militante. Como estrategia, cabe sugerir el tránsito de una postura estática de promover recetas prefabricadas a cuestionar la existencia juvenil desde el interior de su mismo habitat espiritual.

4.5. Las cuestiones que se plantea la catequesis no son sólo de naturaleza catequística, sino que dependen de la pastoral general de la Iglesia. Aun reconociendo que el lugar propio de la catequesis es la familia, ayudada por otras comunidades cristianas, particularmente la parroquial, conviene subrayar la necesidad e importancia de la catequesis en la escuela católica. Una catequesis total que invita y propone seguir el itinerario de la Palabra, de la celebración y del compromiso.

4.6. Convendrá, en todo instante, aclarar la diferencia que media entre la formación religiosa concebida como catequesis y la forma-

ción religiosa como parte integral e irrenunciable de la cultura humana, al margen de la opción personal de fe.

4.7. El éxodo hacia lo nuevo pasa, ineludiblemente, por la destrucción de comunidades cristianas. A través de ellas, los creyentes de hoy harán gala de vivir juntos, reconstruirán el tejido eclesial, negociarán los propios conflictos. El evangelio, corriente de fresco en un mundo extraordinariamente enrarecido, orienta la singladura.

4.8. Los catequistas del porvenir hablarán siempre en primera persona, dejando aparte el lenguaje demostrativo. Como profetas de una era nueva, se arriesgarán a comunicar la Palabra que les hace vivir. Su discurso irá encaminado a interpelar al hombre en nombre de otra Presencia, que la misma razón no puede rechazar.

4.9. Presentar un cristianismo con rostro humano en modo alguno significa escamotear los problemas del mundo y de la sociedad. Ningún mortal goza del privilegio de rebajar la exigencia evangélica ni de fijar la altura del listón que hay que saltar. ¡Cristo es el Señor! Estamos seguros de reconocerlo, pues El camina con nosotros por el camino de Emaús. La Iglesia goza de porvenir. En la oscuridad de la historia cada instante le aporta, como gracia de Dios, un presente radiante por estrenar.

«No cabe duda de que estamos redescubriendo hoy, entre otros valores, el de la vida comunitaria, con todas sus consecuencias. Los jóvenes son particularmente sensibles a este valor, y ellos, que viven en intento permanente de constatación, preguntan si a su alrededor se sabe vivir en comunidad y se vive. Si es así, los jóvenes están siempre dispuestos a participar activa y gozosamente en ella. Y si no lo es, ellos mismos ensayan y estrenan con asombro ingenuo formas nuevas de vida comunitaria, y establecen innumerables y curiosas relaciones para solidarizarse y vivir en común con otros.

El Concilio Vaticano II, atento a los signos de los tiempos, explicita con claridad el sentido y la significación de la vida comunitaria en la Iglesia. Esta es comunidad de creyentes en Jesucristo, Salvador de todos, pueblo de Dios en marcha. En ella se ora, se trabaja, se educa y se vive en comunidad; en comunión con Dios y con los hombres. Dentro de esta gran comunidad de la Iglesia hay también otras comunidades menores, o domésticas, como son la familia y las Instituciones de la vida religiosa. Estas son para potenciar y plenificar aquélla, de la cual traen su origen, y en tanto cumplen su cometido en cuanto significan y producen comunión, viven en comunidad y construyen comunidades.»

(De la homilía del Arzobispo de Santiago de Compostela en la celebración eucarística con motivo del centenario de la llegada de los Hermanos de La Salle a España.)